

—Y su natural alegría no la ha proporcionado alguna chistosa aventura? Algunas bromas se habrán dado.

—Bromas, bromas; buenos son Vds. para bromas. Oiga V. y juzgue. Al primero que fui encuentro á un jóven elegante y simpático y de cuya vida tenia algunos datos. Me acerco y le hablo y se llena de confusion; se empeña en saber quien soy y no lo consigue. Al segundo y tercer baile continuó la broma y permanezco siempre incógnita; mas la casualidad me descubre y me pone en grande compromiso. Al despedirme de él la última noche, con la mayor amabilidad me regala unas flores diciéndome al ofrecérmelas:

»—Mascarita, me prometes llevar de estas flores en la cabeza cuando salgas á pasco?

—Sí, le contesté, y sin que de tal cosa volviera á acordarme, hace tres domingos voy á la Glorieta y cuando mas distraída estaba oigo detrás de mí.

»—Gracias, Dolores, siempre creí era V., mas no podia del todo convencerme. Las flores y su amabilidad me lo han demostrado por completo.

—Yo, sorprendida, miro; era él. En mi cabeza y en mi mano se ostentaban mis flores predilectas regaladas por mi esposo. Desde entonces es el tal mi sombra, y temo llegue á conocerlo mi marido y sea causa una casualidad de miles de disgustos. Vea V. lo que son los hombres del día. Que presuncion tan necia, creer...

—Que quiere V., señora, la casualidad...

—Mas ya es tarde y con su permiso me retiro.